



NOE
CASADO
EN EL
PUNTO
DE
PARTIDA

ICE STAR, 2

En el punto de partida.
Ice Star, 2

Noe Casado

Esencia/Planeta

© Noemí Ordóñez Casado, 2022
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© Imagen de la cubierta: Leshchenko Dmytro / Shutterstock
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

Primera edición: octubre de 2022
ISBN: 978-84-08-26285-5
Depósito legal: B. 13.525-2022
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

09.15, hora española
Martes, 18 de julio de 2017
Prisión provincial de Málaga
Alhaurín de la Torre

Ezra

El funcionario que me ha entregado mis pertenencias ha apartado la mirada. Durante mi estancia aquí la mayoría se han comportado de igual modo. Sabían muy bien quién soy y qué consecuencias tenía molestarme, por lo que se han limitado a mantener las distancias y cumplir con sus obligaciones, dejándome, eso sí, bastante margen de maniobra.

No me molestó en preguntar si está todo. Lo primero que hago es ponerme el colgante de la Virgen de Czestochowa y después las gafas de sol.

El funcionario me informa, de manera desapasionada, de que hay un autobús que me puede llevar hasta el centro del pueblo. Lo mando a la mierda.

Mi abogado me comunicó ayer por la tarde que me liberarían hoy. No han sido capaces de demostrar nada, pero los muy cabrones, empezando por el comisario, siguiendo por la fiscal y terminando por el juez, me han tenido más de año y medio en prisión preventiva.

El mes que viene me ocuparé de ellos, en cuanto conozca sus

respectivas debilidades más a fondo; antes tengo asuntos personales que atender.

No he querido avisar a nadie. Solo el abogado, que me está esperando, sabe que por fin estoy libre y que, además, todo se ha acabado. Han archivado la causa contra mí.

Primero intentaron acusarme de ser quien ejecutó a la psicóloga de la policía; sin embargo, hubo muchos testigos y cámaras de seguridad que daban fe de mi presencia en el club. Así pues, cambiaron de estrategia y me acusaron de ser quien dio la orden, y todo porque el comisario Saravia me la tiene jurada. No ha parado de remover cielo y tierra con tal de encontrar pruebas que me incriminen. Y, debido a sus contactos, yo me he comido más de año y medio de prisión. Pero ahora ya se acabó todo. He quedado libre y con ganas de devolverle la pelota. Por supuesto, con sus intereses correspondientes, pues sé que si bien el juez y la fiscal le siguieron la corriente, nada de esto hubiera ocurrido de no ser por el ex de Milena.

Y estoy dispuesto a ir a por él. No solo porque me partiera la cara el día que se presentó en el club a detenerme, sino también por ser un hijo de puta manipulador. Lo ha intentado todo, desde testigos falsos hasta pruebas amañadas. Pero le ha salido el tiro por la culata, mi abogado se lo ha ido desmontando todo.

Ah, también ayuda bastante la información nada elegante de la que disponía sobre ciertos cargos policiales, aunque se lo han tomado con calma y también tendrán su merecido.

—Aquí tiene, tal como me ha pedido —dice mi abogado entregándome las llaves de un coche, en concreto de mi Mustang.

—Gracias —contesto con sequedad—. Espero que haya cumplido su parte y nadie sepa que estoy fuera.

—Así ha sido, no se preocupe —me confirma, y pone cara de estar en desacuerdo. La de veces que ha intentado convencerme para que recibiera a Jenica o a Aniol—. Aunque no lo entiendo...

—Son cosas mías —lo corto, dejando implícito que no quiero seguir con la conversación.

Contacté con él porque sé que hace lo imposible por sus clientes. Su ética profesional es cuestionable y eso es justo lo que bus-

caba. No es barato, obviamente, pero ese detalle no me suponía ningún problema.

Desde la primera reunión quedé convencido de que era el abogado adecuado, no como la gilipollas de oficio que me asesoró cuando fui detenido.

—En breve recibirá el pago —le informo, porque parte de sus honorarios no los va a declarar y tengo que entregárselos en un maletín, a la vieja usanza.

—Lo sé, señor Wozniak.

—Y un regalito extra —añado, porque tengo pensado invitarlo a una de las salas Vip del Ice Star. Estoy casi convencido de que no me traicionará, sin embargo, nunca está de más garantizarme su silencio, así que ese extra es en realidad una póliza de seguros.

—No es necesario —murmura.

Sé que está casado, pero como muchos tipos que pagan fortunas por follarse de manera creativa a una puta porque no se atreven a pedírselo a su esposa, no rechazará a una de las bailarinas del club.

—Insisto.

Al final el abogado asiente.

Junto al Mustang veo un taxi, así que doy por hecho que él puede regresar por su cuenta.

—Ah, una cosa más. —Lo detengo—. ¿Y el colgante?

—Ha sido imposible recuperarlo... —se excusa—. Su exmarido lo reclamó y el juez se lo ha concedido.

El putito colgante con la cruz ansada. Fue un error. Cuando Aniol me lo entregó, en vez de deshacerme de él lo guardé en mi escritorio. Como un mal recuerdo. Y el hijo de puta vengativo del comisario al registrar mi oficina lo encontró.

Y fue el maldito inicio de su persecución.

—Está bien —digo a modo de despedida.

No le voy a dar ahora más vueltas al asunto. A ese cabrón ya le tengo reservada una sorpresa, solo quiero dejar pasar unos días para que se confíe.

Con el comisario sé que el método habitual de ofrecerle putas para grabarlo todo no es posible, de ahí que deba pensar en algo

más imaginativo. No voy a ser tan tonto como para abordarlo en una calle, descerrajarle un tiro y dejarlo tirado como a un perro. Sería rápido, sí, pero aburrido. Quiero ver cómo cae en desgracia. No hay nada más estimulante que un policía acusado por sus propios compañeros de corrupto y expulsado del cuerpo.

Arranco el Mustang, miro de reojo la bolsa que hay en el asiento del copiloto, en la que, según mis instrucciones, ha de haber dinero, ropa para cambiarme, útiles de aseo y un arma. Lo compruebo todo y salgo quemando rueda.

Conduzco sin importarme una mierda el límite de velocidad y recorro unos cuantos kilómetros sin un rumbo determinado. Aunque mi idea es ir al club, de momento prefiero estar solo.

Me detengo en un área de servicio con motel; no es nada del otro mundo, pero servirá. Solicito una habitación y el recepcionista me mira raro, hasta que deposito sobre el mostrador un billete nuevo de doscientos euros junto con la documentación.

No hace más preguntas y enseguida me entrega la tarjeta de acceso.

Por fin puedo estar solo para ducharme, afeitarme y cambiarme de ropa sin ser molestado. Ah, y meneármela, porque necesito de alguna manera liberar tensiones.

Algo más relajado, aunque tampoco mucho, limpio el vaho del espejo y saco los útiles para afeitarme. Mi intención es también cortarme el pelo, porque durante todos estos meses me lo he dejado crecer. Con veintipocos años probé diferentes estilos más o menos acertados y de los que ahora, tiempo después, me río, pues algunos eran ridículos. Hasta que mi mentor, Bogdanov, literalmente me obligó a que mi aspecto fuera siempre pulcro, refinado. Nada de ir por ahí con greñas o cortes ridículos tipo futbolista. Aniol, que siendo moreno se hacía mechas rubias, también abandonó ese camino estético y optó, lo mismo que yo, por estilismos menos chabacanos.

Cuando estoy a punto de dar el primer tijeretazo me detengo, pues he cambiado de idea. Y lo mismo respecto a la barba. De momento seguiré con el mismo aspecto que en prisión; me servirá de camuflaje.

Sentado en el borde de la cama, enciendo el móvil, pero en vez de llamar a Jenica o a Aniol, me quedo con el teléfono en la mano y lo miro sin decidir qué cojones hacer.

Durante mi estancia en prisión solo los he visto en cuatro ocasiones y todas al principio, para organizarlo todo. Después me negué a que me visitaran. Mi único contacto con el exterior ha sido a través del abogado.

Ahora estoy fuera y debo retomar mi vida.

Pero primero voy a bajar a desayunar, después iré al club.

11.20, hora española
Martes, 18 de julio de 2017
Restaurante área de servicio

Ezra

Por una de esas cabronadas del destino, cuando me siento con la bandeja del desayuno a una de las mesas veo la tienda de recuerdos y lo que primero distingo es un expositor de colgantes, entre los que destaca uno con la cruz ansada.

Una puta broma, pienso.

Seguro que es una baratija de fabricación china, que perderá el brillo tras una semana de uso.

Mientras mastico llego a la conclusión de que de alguna manera he de romper con el pasado. No fijarme en esas chorradas. Sin embargo, al cabo de nada estoy buscando joyerías en el móvil.

He apartado a un lado la bandeja sin acabarme el desayuno porque el café es lamentable y la tostada (a falta de fruta fresca) que he pedido ahora me da asco. Estoy pensando en ir a la joyería más cercana cuando una mujer se cruza en mi camino y me sonríe. También me muestra el escote. Me cruzo de brazos y espero a que haga el siguiente movimiento. Quizá solo quiera exhibirse.

No, busca algo más y, bueno, no es muy guapa, pero podría

servir. Me pongo de pie y ella, sin andarse por las ramas, sugiere que vayamos a mi habitación, pero yo le propongo que a los aseos.

Accede y nos metemos en el de minusválidos, que es el más amplio.

Ella no pierde el tiempo, me toquetea por encima del pantalón y yo, a pesar de habérmela meneado en la ducha, tardo bien poco en empalmarme.

La aparto porque no me gustan sus métodos; quiere ir rápido y empiezo a sospechar por qué. Le doy la vuelta y acaba de cara a la pared. No quiero ver su cara, ni recordarla, porque aunque solo vaya a ser un polvo de desahogo, al ser el primero en mucho tiempo la memoria me puede jugar una mala pasada.

Le levanto la falda y entonces dice:

—Eh, por el culo es más caro.

Doy un paso atrás y ella me mira por encima del hombro.

—No me apetece follarme a una puta —le espeto confirmando mis sospechas, y ella se hace la ofendida.

—Oye, pues parecías muy necesitado —se mofa.

—¿Cuánto cobras? —inquiero solo para burlarme, y cuando me lo dice añado—: No vales ni la mitad, estoy seguro de que tienes que chupársela a viejos y babosos para llegar a fin de mes.

Levanta el brazo para arrearme un bofetón y yo le sujeto el brazo evitando que me pegue. A punto estoy de darle un buen tortazo para que espabile.

—Cabrón...

Sin perder un segundo la agarro del pelo, obligándola a echar la cabeza hacia atrás. Me acerco, no mucho, a su oreja, y le susurro amenazante:

—Lárgate antes de que cambie de opinión y acabes en un descampado pudriéndote al sol.

No dice nada y cuando se ve libre sale corriendo del aseo.

Yo me lavo las manos.

Al haber pasado estos meses entre rejas es normal que mi radar para detectar putas esté algo estropeado.

Me voy directo al Mustang y cuando maniobro para salir del

aparcamiento la veo engatusando a un camionero. Detengo el coche a su lado, bajo la ventanilla y digo:

—No te fíes ni un pelo de ella, amigo. —Y para acabar de joderle el día, saco una de las invitaciones del Ice Star de la guantera y se la paso al tipo.

Siguiendo las indicaciones del GPS del teléfono, llego en veinte minutos a una joyería. Al entrar el de seguridad me impide el paso. El idiota de turno haciéndose el valiente. He dejado el arma en el coche, pero me costaría muy poco volver a por ella y amenazar a este gilipollas. No sería la primera vez que entro en un establecimiento armado. Me haría recordar viejos tiempos.

No voy a atracar una joyería, pese a que sería divertido.

—Aparta —susurro con voz amenazante.

—Lo siento, caballero, no puedo dejarle pasar —insiste.

Inspiro hondo y recorro a la forma menos escandalosa. Saco la cartera y, además de permitir que vea de reajo el dinero que llevo, saco un billete de cincuenta y se lo estampo en la pechera.

—Toma, hoy te ahorras las horas extra.

El muy imbécil lo mira al trasluz por si fuera falso. A veces un buen puñetazo es más eficaz, aunque hoy no estoy por la labor de ensuciarme las manos. Suficiente lo he hecho ya tocando a esa puta.

Ocurre lo predecible, el dinero abre puertas.

15.50, hora española
Martes, 18 de julio de 2017
Entrada privada
Ice Star Club

Ezra

Por fin estoy aquí.

Mi idea es subir al apartamento y encerrarme allí el tiempo

suficiente para volver a ser el de antes. Eso implica llamar a una de las chicas, por tanto haré una parada en la oficina.

La tarjeta de acceso funciona, de modo que entro y me dirijo al ascensor privado, con el que subo a la tercera planta. Todo está igual. Nadie se ha atrevido a cambiar nada desde que me fui. Doy por hecho que mi oficina seguirá también intacta. Enseguida lo comprobaré.

Levantaré el teléfono y, con una sola llamada, tendré compañía femenina. Y a buen seguro se tratará de una nueva, porque en este tiempo han renovado a las bailarinas.

Una rutina que han mantenido. Las chicas, por norma general, trabajan dos años en un club y después se las cambia a otro establecimiento. No se puede aburrir al cliente. Estos pagan no solo por follar, sino también por la novedad, y eso implica renovar al personal.

Además, di orden estricta de que todas las que coincidieron con Milena debían traspasarse. Solo hice dos excepciones y liberé a dos de las chicas, pues sé que Olesia e Irenja ayudaron a la psicóloga y que cuando se encontró el cadáver se mostraron realmente afectadas. Ah, y supieron mantener la boca cerrada ante las preguntas de los periodistas. De estos tengo una lista de los que van a sufrir las consecuencias por entrometidos.

Admito que en parte liberé a las chicas para que mi hermana no continuara esa malsana relación con Irenja. Por los informes que le pedí a mi abogado hace seis meses, sé que ambas se fueron a sus respectivos países, donde podrán vivir con la generosa indemnización que les di.

De momento pospongo la idea de follar con una profesional que sabrá satisfacerme, al menos en el plano físico, salgo del despacho por la puerta principal y recorro el pasillo. A estas horas no hay mucha actividad.

—¿Quién es usted? —me pregunta una voz impertinente a mi espalda.

Inspiro. Me vuelvo despacio y me encuentro a un tipo vestido con un traje barato y pinta de matón.

Otro imbécil. Qué día llevo.

—Vuelva a su puesto —respondo mostrándome conciliador, algo inusual en mí.

—Ni hablar, amigo —me espeta perdiendo los modales, e incluso tiene la desfachatez de sacar un arma y apuntarme—. Aquí no puede estar. Acompáñeme a la salida.

No me echo a reír porque perdería autoridad. Hoy desde luego me estoy encontrando con los más idiotas.

—Vas a dar media vuelta antes de que te meta esa pistola por el culo y apriete el gatillo —digo con calma—. Dudo que los médicos puedan reconstruirte el culo, cagarás de por vida en una bolsa de plástico y olerán tu mierda a distancia.

El muy imbécil, lejos de aceptar la sugerencia, mueve la pistola. Observo cómo le tiembla un poco la mano.

—Levante las manos. No me haga repetirlo.

Suspiro, mira que hay tontos con complejo de héroe.

En dos movimientos le arrebato el arma, quito el seguro y le apunto en la sien.

—A ver, imbécil —digo con voz calmada y peligrosa, porque no permito que nadie me hable en ese tono—, hoy ya he superado la cuota de gilipollas tocahuevos, así que vas a dejarme en paz. ¿Estamos?

—¡Cumplo órdenes!

—Ya sé que eres el lerdo de la familia —le suelto—. Antes os metáis a curas y ahora a seguratas, pero por última vez, vete a tomar por el culo.

—¿Qué ocurre aquí? —pregunta una voz que reconozco en el acto y él a mí—. ¿Ezra?

—El mismo —murmuro y dejo de apuntar al gilipollas, que me mira sin comprender y con cara de miedo.

—¿Señor Wozniak? —dice con un hilo de voz.

No me conoce, aunque ha oído hablar de mí. Ahora ya sabe que ha metido la pata hasta el fondo.

—Lárgate —le ordena Aniol muy serio, y el chaval se va sin rechistar.

Mi amigo me mira de arriba abajo. Él está como siempre, con traje, el pelo bien cortado y aspecto profesional. Nada que ver conmigo.

—Quiero a ese imbécil fuera ya mismo —sentencio, y él pone los ojos en blanco.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir tras meses de silencio?

No respondo y me dirijo al despacho, seguido, cómo no, de mi amigo.

Una vez dentro, me insiste:

—Estoy esperando una puta explicación, Ezra.

—No estoy de humor —replico, y me dejo caer en mi sillón—. Y menos para explicaciones.

Acaricio con las manos la superficie de mi mesa. Todo está tal como lo dejé. Solo han entrado para limpiar, porque no hay ni una mota de polvo.

Aniol se queda de pie frente a mí, con las manos en los bolsillos; no me va a dejar tranquilo.

—Con eso ya contaba, teniendo en cuenta tu comportamiento —me dice en tono acusatorio—. Y ahora te presentas aquí como si nada.

—Mira, mañana hablaremos cuanto quieras, pero hoy déjame en paz, joder.

—De acuerdo, aunque ya te podrás imaginar que aquí hay muchos asuntos pendientes.

—Tengo entendido que Jenica y tú os habéis entendido estupendamente —respondo, y a Aniol no le pasa desapercibido el sarcasmo.

—Tu hermana, aunque te joda admitirlo, es mucho más sensata que tú —me suelta sin alzar la voz.

—Traducido, que es manejable, ¿me equivoco?

Aniol esboza una sonrisa.

—Algún día te darás cuenta de que Jenica es, sin ningún género de duda, una persona que está muy por encima de nosotros dos. Espero que le agradezcas su trabajo al frente de todo como se merece.

—Por cierto, ¿dónde está? —inquiero, porque hoy no me apetece enfrentarme a ella.

—De viaje —contesta Aniol, y no disimulo mi alivio.

—¿Y cómo está tu mujer? —pregunto, no porque me importe, sino para que no siga cantándome las virtudes de mi hermana, que ya las conozco. No obstante, es imposible que ahora ella siga al frente de todo.

—Te importa una mierda cómo le va a Jana, pero ya que preguntas te diré que muy bien. Le daré recuerdos de tu parte.

—¿Algo más? —pregunto; tengo que ocuparme de otros asuntos.

—¿Quieres que llame al peluquero para que se ocupe de tu aspecto?

—No, llama a una de las chicas...

Es innecesario explicar el motivo. Aniol se pellizca el puente de la nariz y me mira censorador.

—Volvemos a los viejos hábitos... —comenta.

—Acabo de salir de prisión, mis prioridades son estas. No me pidas explicaciones ni me des la murga.

—Como quieras —dice, aunque ni se acerca al teléfono—. Hablamos mañana.

Por fin se marcha.

He de admitir que no me gusta estar a la greña con mi mejor amigo. Sé que mi actitud no es la más sensata, pero Aniol ha de comprender que llevo encerrado mucho tiempo y que antes de volver a mi vida quiero olvidar estos meses.

Y sé que en algún momento nos sentaremos a hablar delante de una buena cena, tranquilos y sin tensiones. Pese a que será difícil explicarle por qué no he querido verlo. Para él, que lo conozco, habrá sido una especie de traición a nuestra amistad.

Miro el portátil y me recuerdo que en breve deberé reunirme con los informáticos para revisar todos los sistemas. He aprendido la lección.

Utilizo el ascensor privado para subir a mi apartamento.

La idea de llamar a una de las bailarinas se queda en el tintero, pues al poner un pie en el dormitorio me doy cuenta de que olvidar no me resultará tan sencillo.

La caja fuerte principal está en el despacho, sin embargo, mandé instalar otra en mi apartamento, oculta tras la vinoteca.

Un lugar en el que muy poca gente pensaría. De hecho, cuando registraron el club ni miraron ahí.

Muevo el mueble y accedo a la caja fuerte. Tecleo la combinación, oigo el bip y se enciende una luz de led verde. En la pantalla aparece la palabra *OK* e, impaciente, abro la caja, de donde saco un pequeño maletín en el que guardé una tableta. Sé que está sin batería, así que la enchufo y espero a que se cargue.

Aprovecho para descorchar una botella y servirme una copa de vino decente, que llevo demasiado tiempo bebiendo meados, y eso que unté a varios funcionarios para que me sirvieran zumos naturales, vinos aceptables y comidas sin grasa. Disfruto del sabor y miro de reojo la tableta; aún no ha alcanzado el diez por ciento de carga.

Me rasco la barba, algo de lo que en breve me desharé. Igual que del pelo largo. No lo llevaba así desde los veinte años, cuando pensaba equivocadamente que era más moderno. Pero en prisión no quería destacar, pese a que todo el mundo sabía quién era y apenas he tenido problemas.

Por fin un veinte por ciento de batería; suficiente como para encender la tableta.

Respiro hondo y abro la única aplicación instalada.

Fue una decisión que tomé en el último momento. Una irresponsabilidad. No obstante, necesitaba de alguna manera tener la certeza de que ella se instalaba sin problemas.

Todo el proceso lo habíamos calculado Aniol y yo, sin dejar cabos sueltos. Pero fue inevitable que dudara de ella, temí que en el último segundo se pasara por el arco de triunfo mis instrucciones. O que cometiera un error. O peor aún, que volviera a traicionarme.

Y también porque quería verla una última vez.

De este recurso mío Aniol no tiene ni idea.

Según la diferencia horaria, allí son poco más de las tres de la tarde.

Veamos qué hace.

Introduzco el código de acceso y enseguida veo en la pantalla las diferentes imágenes que envían las cámaras. La última vez que

me conecté, ella acababa de llegar y se había sentado en la terraza trasera, donde permaneció más de dos horas mirando el mar. Quise ver si lloraba, sin embargo no obtuve un primer plano de su cara.

Selecciono la cámara del salón y nada. La del pasillo tampoco. La del dormitorio y nada. Ni rastro de ella.

—¿Dónde cojones estás? —mascullo.

Otro sorbo de vino.

Tampoco está en el jardín delantero, las cámaras solo muestran la vegetación y la puerta del garaje.

En el cuarto de baño no hay cámaras, así que esperaré por si está ocupada.

Hago otro barrido, no vaya a ser que ya no esté en esa casa. Por fortuna veo evidencias de que allí vive alguien. Es una pena que no tenga audio.

Pasan los minutos y empiezo a inquietarme.

De repente veo un movimiento, la puerta del dormitorio pequeño se abre y aparece ella.

Ahí está...

Aunque... no está sola...

01.20, hora portuguesa
Viernes, 21 de julio de 2017
Rua Jorge de Freitas
Porto Santo (Portugal)

Cris

Un crujido.

A pesar del tiempo que llevo aquí, durante la noche siempre estoy atenta. Conecto el sistema de alarma y aun así no me fio.

¿Paranoia?

Probablemente, pero he aprendido a vivir con ella, a no dar por sentado que ya estoy a salvo. Y aunque resulte curioso, el paso del

tiempo hace que me vuelva más cauta. Siempre he creído que, de querer hacerme daño, esperarían a que yo bajase la guardia, a que tuviese una falsa sensación de seguridad.

Apenas hay tráfico rodado y el sonido del mar es suave, así que cualquier otro ruido se distingue a la perfección.

Otro crujido...

No creo que sea el gato que de vez en cuando aparece. Le dejo comida en una esquina del jardín delantero. He querido adoptarlo, pero es un espíritu libre y aparece cuando le viene en gana.

No, el sonido que he oído no puede hacerlo un gato u otro animal. Alguien ha pisado la grava de la entrada.

Quizá me estoy preocupando antes de tiempo, sin embargo, me levanto y me pongo ropa deportiva encima del liviano camión. No es la primera vez que actúo así, por eso lo tengo todo a mano.

Tras calzarme unas deportivas sin cordones, voy al dormitorio pequeño y saco a Ezra de la cuna, con cuidado de no despertarlo, ahora que por fin duerme toda la noche de un tirón. Lo llevo al armario y lo dejé allí, rodeado de almohadas, con su jirafa verde, y cierro la puerta corredera, pero sin llegar al final.

Regreso a mi dormitorio y saco el arma que guardo en el cajón. Me coloco junto a la puerta, bien pegada a la pared, y me asomo. Desde aquí puedo ver parte del salón, aunque no del todo la puerta principal, como desearía.

Respiro hondo y quito el seguro de la pistola. Diviso una sombra, hay alguien en la puerta principal. Siempre la cierro con llave, por eso no me sorprende que estén intentando manipularla.

Ha habido noches en que me he preocupado como ahora, aunque en ninguna ocasión anterior ha sido tan evidente.

Ya me han encontrado.

Tengo que mantener la calma, me repito.

Llevo el tiempo suficiente aquí para saber que esto iba a ocurrir tarde o temprano; no obstante, una siempre piensa que los preparativos nunca van a tener que ejecutarse.

La puerta se abre. Y sin romper nada, lo que indica que el

intruso sabe muy bien qué se hace y que, por supuesto, viene a por mí.

No hay objetos de valor a la vista ni llevo una vida ostentosa, por lo que casi descarto que se trate de un ladrón cualquiera.

Me quedo quieta, a la espera, y me llevo una sorpresa enorme cuando se encienden las luces del salón. ¿Qué clase de intruso enciende las luces de madrugada cuando invade una casa?

Y no solo eso, el invasor entra en el cuarto de baño y oigo con claridad cómo levanta la tapa del váter y ¿se pone a mear?

Salgo con cuidado del dormitorio y, procurando no hacer ruido, voy hasta el aseo, alzo los brazos mientras sujeto bien el arma y apunto.

—Levanta los brazos y date la vuelta despacio —ordeno con tono amenazante.

—Si obedezco, te pondré el baño hecho un asco —replica el intruso con aire burlón.

—¿Ezra?!

Termina de orinar, se da la vuelta y se lava las manos; cuando acaba dice:

—Baja el arma.

Parpadeo porque es su voz, en cambio su aspecto... Parece un guiri después de una noche de desfase.

—¿Qué haces aquí? —pregunto alzando la voz.

—Guarda la puta pistola, joder.

Lejos de calmarme, me pongo más nerviosa, pues si ha venido es que algo ocurre.

No, no es eso.

Joder...

Doy media vuelta con intención de regresar al dormitorio y guardar la pistola en su sitio. Él se ha quitado la sudadera negra y me ha seguido, la tira encima de la cama.

—¿Dónde está? —pregunta serio.

Por supuesto, sé a quién se refiere, por eso me inquieto.

—Se supone que no te iba a volver a ver.

Sonríe de medio de lado y se cruza de brazos. No es el Ezra elegante y pulcro que recuerdo. Tampoco esta es la forma en que,

en esos sueños absurdos que he tenido, se desarrollaba nuestro reencuentro.

La imaginación es una traidora y en varias ocasiones he imaginado que volvía a estar con él, que de forma mágica se solucionaba todo. Ezra dejaba de ser un proxeneta, traficante y matón para reunirse conmigo. Y yo abandonaba mis principios (que pisoteé unas cuantas veces mientras estuve con él) para vivir juntos.

Un puto cuento de hadas. Una mierda bien grande recubierta de purpurina, pero una no controla sus sueños.

—¿Dónde está? —repite con ese tono intimidante que recuerdo.

Lleva una camiseta azul marino y noto que ha adelgazado. No es que se haya quedado en los huesos ni parezca un tirillas, su altura lo salva de eso.

—¿Cómo me has encontrado? —pregunto, y siento una especie de *déjà vu*. Antes, cualquier conversación desembocaba en una discusión y probablemente acabábamos follando.

Arquea una ceja. No hace falta responder, salta a la vista que lo ha sabido todo el tiempo. Sin embargo, eso me plantea una duda... ¿Cada vez que oía un ruido era alguien espíandome? Y, ya puestos a dudar, ¿por qué ahora?

Ezra sale del dormitorio y entra en el otro. Se encuentra con la habitación infantil, pero la cuna está vacía. Me mira a la espera de una explicación y me llevo un pequeño chasco, no ha venido por mí.

Abro la puerta del armario, despacio. Él permanece a mi espalda, a saber qué se le está pasando por la cabeza. Por la mía cientos de emociones contradictorias. Nunca imaginé que llegaría este momento, pues hace ya meses que me resigné a vivir sola la maternidad.

Cojo en brazos a mi hijo, con el mismo cuidado que he tenido al esconderlo entre almohadas, y me vuelvo para que Ezra lo vea.

Se queda quieto, no se acerca, mantiene las distancias; lo oigo inspirar. Lo miro a los ojos y por primera vez desde que lo conozco creo ver algo de calidez en ellos. O quizá sea más bien una absurda esperanza de que sienta algo por el niño.

Pero enseguida recupera su frialdad e incluso me atrevo a decir que su mirada anuncia tormenta.

—Te dije que no quería tener hijos.

Su comentario me sienta igual que una patada en el estómago.

—¿Quién ha dicho que tú seas el padre? —siseo dolida.

Aunque ¿de qué me sorprende? Ezra es incapaz de empatizar.

No ha cambiado ni lo hará.

Solo le falta pedirme una prueba de paternidad. Pues que se joda y piense lo que quiera. Además, ya da igual. Es mi hijo, decidí seguir adelante con el embarazo sin contar con nadie. No necesito un padre y mucho menos uno como él.

—¿Cuánto tiempo tiene? —inquire, y como veo que no va a tocarlo deajo al pequeño en la cuna con suavidad.

Le hago un gesto a Ezra para que salga del dormitorio.

Una vez en la cocina, le digo en voz baja:

—Puesto que no tienes el menor interés por él, tu presencia aquí está de más. Así que puedes largarte por donde has venido y practicar tu mala leche y tus artes de ladrón barriobajero en otra parte.

—¿Esperabas acaso que viniera con un ramo de rosas y sonriendo, tras saber que me engañaste? —mascullo, y sin pedir permiso abre el frigorífico.

—¿Perdona? ¿Que yo te engañé? ¡Y una mierda! —gruño, y él saca tan pancho algo de fruta y la deja sobre la encimera.

—Creo haber sido muy explícito sobre el asunto.

—¿Y por qué has tardado tanto en venir a recriminármelo?

—He estado ocupado.

—¿Y cómo lo has sabido?

—Tengo mis recursos —responde evadiendo la cuestión.

No debería sorprenderme a estas alturas que me haya tenido controlada. Lo único extraño es que haya tardado tanto tiempo en aparecer.

—Ya, como descerrajar puertas de madrugada.

—Siempre viene bien recordar los viejos tiempos —señala, y se pone a comer la fruta.

Estoy tentada de quitársela de malas maneras, sin embargo, no es el momento de montar una escena y acabar a gritos.

—¿Por qué tienes esas pintas? —pregunto, y Ezra se encoge de hombros.

—Un disfraz para llegar hasta aquí —contesta.

—Pues podrías haber elegido otro, pareces un guiri en horas bajas.

—Muy graciosa —murmura—. Por cierto, necesito ropa limpia.

—Un afeitado y un corte de pelo —añado—. Te queda fatal la coleta.

—Mañana consígueme ropa.

—¿Estás de broma? No vas a vivir aquí conmigo.

—Hasta que resolvamos la situación, sí.

Abro los ojos como platos.

—¡No puedes quedarte aquí! —exclamo contrariada—. Es peligroso. ¿Qué pasa con el cuento de no volver a vernos?

—Tú te saltaste las normas al quedarte preñada, así que ahora asume las consecuencias —me espeta, y de nuevo abre el frigorífico para guardar lo que le ha sobrado.

—Es una decisión propia, no te incumbe.

—Milena, no me jodas...

—No te he pedido nada. En ningún momento. Tengo una vida aquí, la que, por cierto, tú elegiste para mí. Ahora no pretendas cambiarla.

Puede que se haya dejado barba y el pelo largo, pero su expresión es la misma de siempre, amenazadora. Trago saliva e intento reconducir la situación, porque de seguir así nos vamos a hacer mucho daño.

—Pues te jodes, haber abortado como te dije —me recuerda.

Otro golpe bajo.

Me contengo porque soltarle un bofetón no es lo más inteligente, pese a que es lo que me pide el cuerpo.

—O, ya puestos, ¿por qué dejaste de tomar la puta píldora?

Inspiro hondo. Ezra tira a dar.

—Porque un mafioso me encerró sin posibilidad de llevar una vida normal y, como comprenderás, en casos de secuestro una no tiene la cabeza muy lúcida —arguyo—. Y además el mafioso odia los condones; eso sí, le encantaba follar.

—Y le sigue gustando.

—Qué sorpresa...

—No recuerdo que te quejaras tanto cuando te abrías de piernas —replica, y, mierda, siento un cosquilleo.

—Fue un secuestro —repito.

—No te secuestré, te protegí —dice marcando cada sílaba.

—Lo que tú digas. Y ya da igual, es mi vida, es mi hijo y tú te largas.

Ezra me mira, sin duda se está conteniendo para no recurrir a sus mañas de matón e intimidarme. Pero de repente hace algo que me descoloca un poco, se pellizca el puente de la nariz y respota. Da la impresión de estar cansado.

—Esta noche puedes dormir aquí —digo y por si acaso añado— : En el sofá. Voy a por una almohada y una manta.

—Todo esto lo pago yo, así que dormiré en la cama —sentencia—. Llevo cuarenta y ocho horas de mierda viajando, para acabar durmiendo en un sofá.

—¡Ni hablar! No pienso acostarme contigo.

Al escuchar esto último esboza esa media sonrisa de cabrón arrogante que tanto he recordado y añade:

—Tranquila, vengo molido. Por muy cachonda que te hayas puesto al verme, hoy no te follaré.

Y dicho eso, sale de la cocina y se va al cuarto de baño, dejándome perpleja y confundida. Y mucho más cuando oigo el ruido del agua.

Se está dando una ducha.

08.10, hora portuguesa
Viernes, 21 de julio de 2017
Rua Jorge de Freitas
Porto Santo (Portugal)

Cris

A pesar de haberme acostado a las tantas y con un inesperado compañero de cama, me despierto como cada día al oír a mi hijo.

Desde que lo tuve por primera vez en mis brazos, estoy siempre pendiente de cualquier cosa, lo que supone que mis horas de sueño sean más bien escasas.

Ezra ha dormido en mi cama y ha cumplido su palabra de no tocarme, aunque en estos momentos está pegado a mi espalda y rodeándome con un brazo. Supongo que ajeno a todo. Pero ahora mi prioridad es otra, así que me libero de su abrazo, paso por alto un murmullo de protesta, junto con un intento de meterme mano, y me dirijo al dormitorio de mi hijo.

—Ven aquí, granujilla —canturreo, mientras aparto la mantita naranja para sacarlo de su cuna.

El niño hace un puchero, aunque enseguida se le pasa el enfado al tenerlo yo en brazos. Lo dejo sobre el cambiador y me inclino para oler el pañal. No me sorprende que esté con cara de disgusto.

Cojo un pañal limpio y todo lo necesario, y me dispongo a cambiarlo cuando oigo a mi espalda:

—Joder, qué mal huele.

—Es caca, no agua de rosas —digo, y limpio al niño con cuidado.

Ezra se acerca y se queda a un lado, observando. No se ha molestado en vestirse y va solo con los bóxers. Sé que no debería, pero pese a ello lo miro de reojo y compruebo algo que ya intuía anoche, que está más delgado. Y no lleva su colgante.

Eso me da que pensar, aunque no le preguntaré dónde está su Virgen de Czestochowa, pues creará que me importa. Y sí, me importa, y por eso es mejor que no se percate de ello.

Cuando mi bebé está limpio hago una bola con el pañal sucio y lo dejo a un lado. Ezra vuelve a poner cara de asco, pero yo, ajena a su presencia, me dedico a hacerle carantoñas al niño, le doy besitos en la barriga, juego con sus pies o hago ruiditos para hacerlo reír.

—¿Te queda mucho? —me interrumpe Ezra con su tono más impertinente—. Tienes que ir a comprarme ropa.

—Ve tú, que ya eres mayorcito.

—¿Y para qué estás tú?

—Es una broma, supongo —replico, y me dispongo a vestir al niño.

Lo ignoro, es lo mejor. Una vez que termino, lo cojo en brazos, susurrándole un sinfín de tonterías; tengo que prepararle el biberón. Ezra viene detrás de mí y me está poniendo de los nervios. Observa cada uno de mis movimientos y me da la impresión de que está hasta celoso. No deja de fruncir el cejo.

—Si quieres desayunar... —digo, señalando la cafetera—, sírvele tú mismo.

—Como anfitriona dejas mucho que desear.

—Nadie te ha invitado.

Masculla algo que no llego a entender, pero me da igual. Yo termino de darle el biberón al niño y espero a que eche los gases.

Dejo a Ezra en la cocina y me voy al dormitorio. Tengo que prepararme para salir a dar un paseo, como todos los días. Colocho al niño sobre la cama y saco ropa limpia del armario. Desde que estoy aquí apenas me molesto en arreglarme, así que elijo unos *leggings* grises efecto cuero, un blusón color ceniza, deportivas blancas y, como sigo llevando el pelo corto y teñido de castaño oscuro (aún no me he atrevido a recuperar mi tono natural), apenas tengo que peinarme.

El cochecito está en la terraza trasera, a la que se accede desde el dormitorio. Compruebo que llevo todo lo necesario y coloco al niño, con jirafa verde incluida; ya estamos listos para salir.

—Te he hecho una lista —me dice Ezra con sequedad cuando paso por el salón empujando el carrito en dirección a la calle.

La agarro de malos modos y la leo por encima ante de replicar:

—Veré qué se puede hacer.

Mi idea es tirarla en la primera papelera que encuentre. Me trata como si fuera la asistente. Si al menos fuera educado, podría hacerle el favor.

—¿Vas a ir andando?

—Pues claro, tengo que mover el culo.

—No tardes —se despide, y le levanto el dedo corazón.